

POR UN PARTIDO PARA LA REVOLUCION SOCIALISTA

CRITICA AL PROYECTO DE COLECTIVO RADICAL

ISIDORO MORENO, Secretario General del PTA

MANOLO PEREZ, Secretario Provincial de Córdoba y miembro del Comité Ejecutivo Nacional

FRANCISCO GONZALEZ FAJARDO, Secretario Provincial de Málaga y miembro del Comité Ejecutivo Nacional

GONZALO SANCHEZ, miembro del Comité Ejecutivo Nacional

JOSE LUIS MOLANO, miembro del Comité Central Nacional y del Comité Provincial de Sevilla

TOMAS IGLESIAS, miembro del Comité Central Nacional y del Comité Provincial de Sevilla

JESUS GARCIA VIDAL, miembro del Comité Ejecutivo Nacional y del Comité Provincial de Cádiz.

ANDALUCIA, Marzo 1980

INTRODUCCION

Los marxistas hemos de juzgar a las personas fundamentalmente no por cuáles sean sus intenciones implícitas o confesadas, sino por sus tomas de posición concretas, por sus actos y por las consecuencias probables de estos actos. Los marxistas, también, hemos aprendido a definirnos en relación con las ideas y argumentos no principalmente por el pasado de quienes los sustenten, sino mediante el análisis de los contenidos mismos, de las ideas y de los argumentos empleados.

Es preciso reafirmar ésto, para evitar cualquier posible malentendido respecto al carácter de este documento de trabajo, el cual se inscribe dentro del debate acordado por el Comité Ejecutivo Estatal del Partido y abierto de hecho con la distribución dentro y fuera del partido del documento firmado por los camaradas Eladio García Castro y Enrique Palazuelos.

El documento que presentamos constituye nuestro punto de vista respecto a aquél y a la situación actual del Partido, que es realmente crítica, según todos reconocemos sea cual sea la posición que defendamos. Situación de crisis agravada por la forma no ordenada de haberse entrado en el debate (el Comité Ejecutivo Estatal del Partido de los Trabajadores de España, en ésto como en la gran mayoría de las cuestiones, es un organismo totalmente insolvente) y por la posición de una serie de camaradas que están queriendo llevar "de facto" al partido a un espacio político distinto del actual, cuya defensa es perfectamente legítima en el seno del debate, pero totalmente condenable y nefasta por darse incluso en la práctica antes de que el debate se haya iniciado, estando en abierta contradicción con lo que todavía hoy es la política aprobada en el Partido: la única política, por tanto, que debe ser llevada a la práctica hasta tanto no se realice y culmine el debate mismo.

Esta política de hechos consumados, de falta de respeto por lo que hasta ahora ha venido siendo nuestro patrimonio ideológico y político, y de desprecio de los cauces orgánicos y de las decisiones de los organismos regulares del Partido, que están demostrando algunos camaradas que no son precisamente de base sino que en su mayoría están situados en los propios organismos, y de la que hay multitud de ejemplos, es perfectamente coherente con la llamada que hacen Eladio García Castro y Enrique Palazuelos a subvertir el partido, a pasar resueltamente a desvincularse orgánicamente del PTE todas las organizaciones de las nacionalidades (suponemos que también de las regiones) en que su propuesta sea ya hoy posible en lo fundamental; es decir, a romper el partido, incluso a liquidarlo, como veremos más adelante.

Afirman Eladio y Palazuelos, al principio de su "propuesta de debate", que su trabajo es sólo "una aportación... no un trabajo acabado, sino reflexiones en torno a algunos problemas... capitales en estos momentos, que, junto a las aportaciones de otros miembros del Partido y gentes interesadas por las cuestiones de la revolución comunista, deben ser sometidas a la dura y enriquecedora criba de la discusión". Continúan señalando que la clave para la resolución de los problemas internos del Partido es el debate, que debería abarcar todos los grandes temas ideológicos y estratégicos, ser abierto y franco, sin apriorismos y enmarcado en la perspectiva de un próximo Congreso.

Un buen planteamiento, una correcta declaración de intenciones que no se ven reflejados en ningún modo en las conclusiones y llamamiento final realizado en el mismo documento.

¿Cómo vamos a creernos que se desea realmente realizar un debate profundo y democrático en el seno del Partido, culminando en un Congreso, cuando en el último párrafo del Informe se realiza una clara invitación al rompimiento del Partido?. ¿Y cómo pueden ser los camaradas "rotundamente partidarios" de ésto, a partir de sólo "unas reflexiones sobre algunos problemas", aunque éstos sean de importancia capital?

A nuestro entender, gran parte del documento, como intentaremos demostrar, no es más que una coartada, una débil justificación para lo que constituye el verdadero sentido del Informe: ser un banderín de enganche en torno a ideas y objetivos que muy poco tienen que ver con el marxismo-leninismo, destruyendo para ello la fuerza revolucionaria más importante, aún en su relativa modestia, que existe hoy en España: nuestro Partido. El documento supone una "teorización" de lo que venía ensayándose sin haber discusión en el partido; a través principalmente de la actuación de camaradas

con puestos claves en la CSUT (en Andalucía, principalmente en Sevilla, en el SAT) y en la Joven Guardia Roja. El documento refleja una descarada estrategia de ruptura: o todo el Partido se convierte a las "nuevas" ideas o se hace una llamada a la escisión de las organizaciones que estén de acuerdo con ellas. Y ésto, nada menos que en nombre de la "hermosa y necesaria tarea que acabaría con el desencanto de tantos y tantos revolucionarios y sectores progresistas de todos los pueblos de España" (11) Vivir para ver.

El documento, pues, a pesar de su declaración inicial, no constituye una aportación al debate, sino una declaración de ruptura que quita sentido a todo debate, por lo que llamamos a ambos camara-

das a rectificar su llamamiento al rompimiento del Partido, y a participar en el debate en el seno del Partido. Cuando el debate se culmine, entonces será el momento de que cada camarada o grupos de camaradas, decidan lo que consideren más conveniente para el movimiento revolucionario. Pero llamar a la escisión desde ya, no sólo es inadecuado, sino desleal con cuantos estamos dispuestos a entrar verdaderamente en el debate, sean cuales sean las posiciones que sustentemos.

Por otra parte, el documento no contiene simplemente "reflexiones en torno a algunos problemas capitales en estos momentos" sino que tiene conclusiones rotundas, afirmaciones finales respecto a varias de las cuales no caben posturas intermedias o aceptaciones parciales. Simplemente, se está de acuerdo con ellas o se está en contra. No caben "enmiendas parciales" a la propuesta de Eladio y Palazuelos, o estas sólo tendrán una importancia secundaria. Porque las conclusiones fundamentales que ellos defienden, a partir de una argumentación que entendemos no es suficiente, ni marxista, son las siguientes:

1 - Ante los nuevos fenómenos y movimientos que han surgido en la sociedad, el marxismo como teoría científica no sirve o es simplemente un método entre otros.

2 - Por tanto, la estrategia revolucionaria marxista-leninista tampoco sirve.

Luego, 3 - Los partidos marxistas-leninistas, los partidos obreros revolucionarios (no sólo el actual Partido de los Trabajadores) ya no sirven; han de ser sustituidos.

Y 4 - Hay que crear un colectivo, la llamada "fuerza para una nueva civilización", formado por la convergencia en la acción, "y no principalmente en la confrontación de concepciones teóricas", de las diversas organizaciones y grupos que se autoconsideran marxistas revolucionarios; de los anar-

quistas organizados y no organizados, de los movimientos ecologistas, feministas y juveniles; de todo lo que significa estar contra el sistema. Este colectivo sin ninguna ideología concreta, solamente sedimentado en la convergencia de grupos y movimientos cuyos objetivos no son posibles dentro del sistema capitalista, sustituiría a los partidos marxistas-leninistas y lograría --no se dice cómo, ni en qué fases-- la sociedad comunista (que tampoco se delinea en modo alguno).

En síntesis, estas son las conclusiones, dichas en lenguaje sencillo, de la propuesta de los camaradas Eladio y Palazuelos. Vamos ahora a demostrar que nuestra afirmación en este sentido no es, en modo alguno, una interpretación errónea o malintencionada, sino la única interpretación posible. Y, tras ello, vamos a tratar de explicar el por qué, y en estos momentos precisamente, se nos plantea una propuesta tan contraria a las necesidades de la revolución y a la propia realidad de nuestro partido. Para terminar planteando las líneas maestras de nuestro propio planteamiento del Partido. Porque, vaya la conclusión ya por delante, y bien clara, nosotros seguimos considerando al marxismo-leninismo como una teoría científica y un instrumento de análisis científico de la realidad para trazar la estrategia y la táctica revolucionarias; continuamos creyendo --contrariamente a Eladio y Palazuelos-- en la necesidad de la dictadura del proletariado, del Socialismo, como etapa obligada de transición a la sociedad comunista, y por ello en la necesidad del Partido revolucionario marxista-leninista. Y consideramos todo esto no por fidelidades a ningún dogma o credo contenido en libro sagrado alguno (aunque nos merezcan más respeto que a los camaradas las aportaciones de quienes han hecho avanzar el conocimiento científico), sino como consecuencia de un análisis que estimamos es marxista. Un análisis que es distinto, desde luego, al utilizado por los camaradas para la elaboración de su "propuesta para un debate".

LA TEORÍA MARXISTA, LA ESTRATEGIA COMUNISTA Y EL PARTIDO

En el documento de Eladio y Palazuelos, la conclusión de que hoy la estrategia comunista (en general, no ya la de tal o cual partido concreto) ya no es adecuada, ni lo es, por tanto, el partido de nuevo tipo que creara Lenin (ni haciéndole todas las reformas y actualizaciones que son, sin duda, necesarias), se basa en un análisis que creemos totalmente insuficiente e inadecuado de "algunas cuestiones sobre el desarrollo del capitalismo y la crisis actual" y en "algunas reflexiones sobre la estrategia revolucionaria en España".

Ya es extraño, desde luego, que sólo con analizar "algunas cuestiones" y hacer "algunas reflexiones", Eladio y Palazuelos se atrevan a afirmar dogmáticamente --con el mismo dogmatismo que repetidamente dicen rechazar-- que es preciso cambiar totalmente la estrategia revolucionaria y hacer desaparecer el tipo de organización que ha de llevar hacia adelante esa estrategia y la propia ideología proletaria, no de manera exclusivista sino haciendo

que otras fuerzas y movimientos progresistas se conviertan en fuerzas políticas e ideológicamente proletarizadas: el partido.

Dos son los elementos fundamentales sobre los que se basan esas conclusiones:

a) La sobrevaloración y análisis insuficiente y acético de los nuevos fenómenos sociales y los movimientos a ellos ligados, que hace afirmar a los camaradas «que existen fuertes contradicciones entre la necesidad revolucionaria de que se desarrollen y la estrategia del partido marxista-leninista. Y

b) Una exposición trucada de lo que ha sido y es realmente la estrategia de la revolución comunista, para arremeter contra ella, "demostrando" que es preciso replantearla globalmente, debido a la existencia de los nuevos fenómenos y a la crisis actual del sistema capitalista.

Comencemos por la primera cuestión:

Eladio y Palazuelos señalan que "en los últimos años se han venido desarrollando una serie de movimientos de masas como el ecologista, feminista, juvenil y otros, cuya práctica se asienta en una crítica radical (a la raíz del sistema en sus manifestaciones concretas) sistemática a la cultura capitalista y los valores que ella destila". Afirman también que "hoy son quizás los movimientos sociales más dinámicos que luchan contra el capitalismo", y que la realidad de dichos movimientos es incompatible con nuestra estrategia.

Dejando en un primer momento este último punto (la incompatibilidad con la estrategia) centrémonos un momento en los movimientos "radicales" citados:

En primer lugar, se habla de ellos totalmente en abstracto. No se les hace la menor crítica —¿habrá que pensar que todos los errores y torpezas son patrimonio del movimiento obrero revolucionario?—, ni hay referencia alguna a su práctica en España. Prácticamente, todo lo que se dice sobre ellos podría servir igual, e incluso se podría aplicar mucho más adecuadamente, para Alemania, Holanda o cualquier otra sociedad capitalista desarrollada. Y esto es muy grave, ya que es con esos movimientos o tradiciones emancipatorias modernas, como ellos (y Rudolph Bahro) les llaman, junto con las organizaciones de la tradición anarquista y la "muchacha gente no organizada de ideología antiautoritaria", con quienes aquellos de nosotros y de otras organizaciones marxistas que estemos de acuerdo con el proyecto que se nos presenta, hemos de formar el colectivo que sustituya a los partidos obreros tradicionales que hemos de hacer desaparecer, incluido el nuestro.

¿Cuáles son en España, y más en concreto en Andalucía, esas potentes organizaciones y movimientos ecologistas, feministas, juveniles, etc. con los que hemos de hacer el nuevo colectivo previa disolución del Partido, y que se afirma son los movimientos sociales más dinámicos que luchan contra el capitalismo? ¿Por qué no se analizan las razones por las que todavía hoy esos movimientos son sólo —y desgraciadamente— gérmenes que nosotros hemos de ayudar a que florezcan con fuerza? ¿No se estarán basando los camaradas exclusivamente en planteamientos de ideólogos y pensadores extranjeros que sí han intentado analizar (independientemente de que los análisis sean o no correctos) sus propias sociedades, como Eladio y Palazuelos han debido hacer, y no han hecho, con la nuestra? Y, ¿por qué no se hace una crítica de la práctica concreta del partido respecto a esos movimientos, para que podamos examinar si los errores cometidos (manipulación evidente del movimiento feminista, por ejemplo) son atribuibles a nuestra esencia de partido marxista leninista o al burocratismo y manipulaciones del grupo dirigente tradicional, cuyos integrantes quieren ahora encubrir sus errores en pretendidas insuficiencias y disfuncionalidades de la esencia del partido, para huir de la autocrítica?

Vayamos por partes: es cierto que a partir de la Segunda Guerra Mundial aparecen o se desarrollan

movimientos que en parte son nuevos y en parte relanzamientos de otros ya antiguos como el feminista, y que los partidos obreros tradicionales en general han estado bastante al margen de ellos. Esa es una importante insuficiencia que el movimiento obrero revolucionario debe reconocer. Pero lo que ya no responde a la realidad es que sean los movimientos sociales más dinámicos que luchan contra el capitalismo: primero, porque desde el interior de estos movimientos, al no responder a una ideología proletaria, no se pone en cuestión globalmente el sistema capitalista sino algunas de sus manifestaciones concretas; y segundo, porque al menos en España, y aún más en concreto en Andalucía, las luchas más resueltas, los movimientos más dinámicos, se han dado y siguen dando en torno a la lucha por derechos políticos democráticos (finales del franquismo y comienzos de la transición), por reivindicaciones económicas y sindicales (batallas del movimiento obrero en el campo y la industria, muchas veces con contenido también político) y nacionales (movilizaciones por la autonomía). Y en todos estos movimientos nuestro partido ha tenido una participación destacada, sobre todo en cuanto al trabajo de masas.

"Los nuevos movimientos" —que en muchos casos pueden ser nuevos sólo para quienes hasta ahora no se hayan dado cuenta de su existencia— asientan su práctica, según afirman los camaradas que firman el Informe, en la crítica radical sistemática a la cultura capitalista. Aquí la clave es qué entendemos por "crítica radical". Eladio y Palazuelos nos evitan especular: para ellos, crítica radical es la que va "a la raíz del sistema en sus manifestaciones concretas", lo que significa una contradicción no superable desde una óptica marxista, ya que una cosa son las manifestaciones del sistema, sus resultados perceptibles en una serie de campos (la contaminación, el deterioro ecológico, el agotamiento previsible de ciertos recursos naturales, la explotación de la energía nuclear con todo lo que conlleva, la opresión de la mujer, aún más evidente e "irracional" en un momento en que se ha generalizado el uso de anticonceptivos, electrodomésticos, etc; la marginación de los jóvenes, homosexuales y otros sectores sociales), y otra cosa distinta es la raíz del sistema, los mecanismos internos a los que responde el sistema, y que reproducen el sistema, causando los efectos antes señalados, entre otros muchos.

Ir contra los efectos del sistema capitalista no significa necesariamente ir contra la raíz del sistema capitalista. Esto último supone conocer científicamente los mecanismos esenciales del sistema —que expusieron magistralmente Marx y Engels y desarrollaron otros revolucionarios como Lenin, aunque sea necesario seguir estudiando y analizando de forma creativa todas las nuevas situaciones para no caer en fosilizaciones ni dogmatismos—. No todos los ecologistas, feministas o integrantes del movimiento juvenil tienen claro el por qué se producen los hechos contra los que ellos, justamente, se rebelan. No toda la lucha contra efectos concretos del sistema capitalista es entendida por quienes la realizan como una lucha contra el sistema capitalista, una lucha para acabar con éste. E incluso si así fuera —que no lo es— la "toma de conciencia

anticapitalista" de todos los ecologistas, feministas, etc. no supondría automáticamente, ni siquiera a través de sus luchas concretas, una toma de conciencia socialista, la asimilación de la ideología proletaria.

Los objetivos de esos movimientos sólo pueden conseguirse realmente acabando con el sistema (en esto estamos de acuerdo con Eladio y Palazuelos), pero jamás se destruirá este sistema si no es mediante la revolución socialista que instaure el Estado proletario, la dictadura del proletariado; y a esto no se refieren ni en una sola frase del documento.

REVOLUCION POLITICA Y REVOLUCION CULTURAL

Y esta revolución es una revolución política. La revolución cultural "que no puede esperar a la sociedad comunista", la "revolución de la vida cotidiana" a la que hacen referencia insistentemente, es una utopía, un planteamiento anticientífico. En la afirmación, por ejemplo, de que "la plena liberación de la mujer en la sociedad comunista no puede ser sólo el fruto del cambio de la base material que permita su incorporación a la producción social, sino también, y no en segundo lugar, de una revolución de carácter cultural en relación con el papel de la familia, la maternidad, el trabajo doméstico, el control y disfrute del propio cuerpo, la separación entre sexualidad y reproducción, etc." los camaradas reconocen claramente que esa revolución de carácter cultural indispensable (en esto estamos de acuerdo) para alcanzar la plena liberación de la mujer, ha de darse en la sociedad comunista. ¿Cómo, entonces, inmediatamente a continuación del anterior párrafo se añade: "... revolución que no puede esperar a esa sociedad comunista"? ¿En qué quedamos?. Sí, por una parte, se afirma que esa "revolución cultural" (ideológica, diríamos nosotros) se plantea dentro de la sociedad comunista (en la sociedad socialista, puntualizaríamos mejor) y por otra que "no puede esperar a esa sociedad", ¿no hay aquí la tan antigua contradicción que Eladio y Palazuelos se muestran incapaces de superar positivamente, entre teoría marxista e impaciencia pequeño-burguesa?.

¿No suenan esas continuas llamadas a la revolución cultural, a la revolución de la vida cotidiana, a la palabrería característica de Tierno Galván y otros socialdemócratas que esconden tras esas palabras el abandono de la cuestión clave de la revolución: la cuestión del poder?. Cuestión clave para los marxistas-leninistas que, si bien hemos de tener muy en cuenta los nuevos fenómenos, ya que en otro caso caeríamos en el más estéril de los dogmatismos, no por ello podemos abandonar, sin abandonar con ello el marxismo, la tesis de la prioridad de la revolución política, de la toma del poder por el proletariado revolucionario aliado con otras clases y capas progresistas, que hará posible luego una verdadera revolución económico-social en el sistema de producción haciendo que los trabajadores controlen cada vez más directamente los resultados de su trabajo y de las decisiones sobre sus propias condiciones de trabajo) y también cultural (ideológica), que haga cambiar la mentalidad y la

misma cotidianidad.

Es cierto que a los temas ideológicos se les ha prestado hasta ahora en el Partido menos atención de la debida; que muchas veces, tanto a nivel personal como colectivo, incluido el partido como organización, caemos en aceptaciones injustificadas de muchos componentes de la ideología burguesa con la creencia de que amplios sectores obreros no están preparados para aceptar ideas avanzadas. Esto es cierto, aunque también tendríamos que examinar más críticamente de lo que hacen algunos, a la luz de la ideología proletaria, todas esas nuevas ideas (alguna de las cuales pueden provenir de la propia ideología burguesa, presentándose de forma disfrazada), y la práctica de las organizaciones en las que éstas encarnan. Pero de todos modos, reconocámoslo así, partamos de una sincera (y nada jesuítica) autocrítica, para poner las cosas en su lugar y luchar más que hasta ahora contra la penetración constante de la ideología burguesa en las clases populares.

Pero esto es una cosa y otra bien distinta aceptar que "hoy, la estrategia revolucionaria en Occidente ha de ser formulada en torno a una visión distinta del proceso de lucha por la conquista del poder de la burguesía. Si aquella concepción tradicional la llamásemos una estrategia estrictamente política, hoy debemos hablar de que resulta imprescindible una revolución política y cultural".

Lo que ellos llaman concepción tradicional que es imprescindible revisar, es nada menos que la teoría marxista-leninista de la revolución política; de la toma insurreccional del poder por el proletariado y sus aliados para instaurar el Estado proletario; de la revolución que es la llave para permitir (por supuesto que no para garantizar, como ha demostrado el lamentable proceso de restauración del capitalismo en la mayoría de los países donde aquella triunfara), la revolución cultural de la que vaya surgiendo el hombre nuevo. Afirmar que esta revolución cultural no puede esperar, no es más que subjetivismo, impaciencia pequeño-burguesa, explicable por la procedencia de clase, y en muchos casos por la posición de clase, de buena parte de quienes afirman. En definitiva, sí hay que avanzar, y mucho más decididamente que hasta ahora, en la lucha cultural (mejor ideológica) de masas, pero esto no puede llevarnos a la falsa ilusión de que es posible una verdadera revolución cultural sin antes haberse dado la revolución socialista. Porque solo ésta puede poner las bases para que la ideología proletaria se convierta en hegemónica. Afirmar que la revolución cultural ha de acompañar, a la vez, simultáneamente, a la revolución política es un bonito deseo, pero un deseo imposible, un deseo similar al de la instauración del Estado proletario simplemente por ampliación de la democracia burguesa. Es un deseo que, convertido en estrategia como defienden Eladio y Palazuelos, tiene mucho más de utopía anarquista que de planteamiento científico marxista.

En su "propuesta para un debate" los camaradas se refieren de forma inconcreta y acrítica a los nuevos fenómenos. Pero además, y esto es lo más grave, no hacen el menor intento de analizar esos nuevos fenómenos y los movimientos a los que están dando lugar, integrándolos en el análisis global

del proceso productivo, de la estructura de clases.

En el conjunto del documento, y más explícitamente en sus conclusiones, se rechaza el papel de la clase obrera como clase dirigente de la revolución, poniendo al mismo nivel que el movimiento obrero (del cual el marxismo es una tradición, según afirman) a las otras "tradiciones emancipatorias modernas" (ecologismo, feminismo, anarquismo, antiestatismo, etc.). Y se hace ésto sin analizar prácticamente el concepto de clase obrera, de proletariado, y sin referencia alguna al campesinado, tan importante todavía en España aunque ya no lo sea en otros países. La revisión de la teoría y la estrategia marxistas; más aún, su abandono, se hace casi sin análisis. Los autores llegan a la conclusión de que el marxismo ya no sirve para explicar las actuales sociedades de capitalismo desarrollado, partiendo ya de entrada de un método que no es marxista, al no realizar el análisis de la lucha de clases, del proceso productivo y de cómo inciden en lo anterior los nuevos fenómenos y movimientos.

A pesar de que acepten que "el desarrollo del imperialismo no ha significado un cambio en la esencia del sistema capitalista", plantean un cambio de estrategia, no sólo el enriquecimiento o renovación parcial de ésta, sino su replanteamiento global, lo que es contradictorio. Si el capitalismo en su fase imperialista no ha cambiado esencialmente, ¿por qué debe cambiar esencialmente la estrategia revolucionaria y desaparecer los partidos marxistas-leninistas en el seno de un colectivo sin ideología concreta y con el único carácter de acoger a todo lo que sea (¿o se autoconsidera?) anti-capitalista y radical?

LA REVISIÓN DEL CONCEPTO DE CLASE OBRERA Y SU NEGACION COMO SUJETO REVOLUCIONARIO

Los que hay realmente detrás de ésto, aunque no se diga con claridad, es una revisión total del propio concepto de clase obrera y de su consideración como sujeto de la revolución. Esto se realiza en menos de cien líneas, que es lo que abarca el "bosquejo de la estructura social española" en el documento. En este "bosquejo" el elemento que es más subrayado es la creciente homogeneización de los asalariados, homogeneización tanto en sus ingresos como en sus condiciones de vida y trabajo e incluso en su "mentalidad cultural" (?), que les lleva a considerarlos como una clase dividida en dos bloques: asalariados con empleo y parados.

Este "análisis" constituye una de las insuficiencias más importantes del Informe, aunque sus resultados tampoco están muy coherentemente conectados con las conclusiones. Es un análisis que no es marxista, sino que podría encuadrarse mejor en la sociología burguesa positivista de la estratificación social: se sustituyen, sin apenas tomarse la molestia de discutirlos, los conceptos de proletariado y clase obrera por el de "asalariados" (trabajadores en general) considerados explícitamente como clase. Lo que es imprescindible para negar más adelante la necesidad del partido proletario, del partido de la clase obrera.

Desde nuestro punto de vista, el conjunto de los asalariados no constituyen hoy una verdadera clase, debido fundamentalmente a sus diversas funciones sociales dentro de los procesos de producción y reproducción del sistema capitalista, sino un conjunto de clases y capas. En España se componen fundamentalmente del proletariado y la pequeña burguesía en proceso de proletarización.

Dentro del proletariado pueden hoy distinguirse claramente dos capas: la clase obrera (trabajadores manuales asalariados) y los parados. Estos últimos aumentan espectacularmente en número debido a la acentuación de la actual crisis y a la estrategia global del capital que, para conseguir la reestructuración del sistema productivo de acuerdo a sus intereses, está expulsando a muchos trabajadores al paro e impidiendo que cantidad de jóvenes encuentren su primer empleo. E incluso dentro de los obreros con trabajo, está descendiendo apreciablemente la proporción de los que se encuentran en una situación más estable.

Junto al proletariado, crecen con una masa numérica cada día más importante las capas y sectores de la que podríamos llamar "pequeña burguesía en proceso de proletarización", constituida por asalariados no obreros, con empleos no manuales, muchos de ellos con títulos profesionales, que trabajan para empresas privadas y, de forma creciente, para el Estado. Estas capas y sectores de asalariados aún no han cristalizado plenamente en forma de clase autónoma, fracción del proletariado o "pequeña burguesía oscilante", pero sus efectos ideológicos son ya muy visibles sobre todo en los países de capitalismo más desarrollado: "movimientos radicales norteamericanos, vertebrados en torno a una problemática distinta de la clase obrera tradicional (problemas "personalizados", "modo de vida", feminismo, etc.), vinculada tal vez al carácter de la integración de esta categoría dentro del proceso de trabajo; neoliberalismo y "anarquismo" europeos, etc." (1)

A las anteriores clases y capas de asalariados (clase obrera tradicional, ejército de reserva de parados y pequeña burguesía en proceso de proletarización), hay que añadir el campesinado, los pequeños y medianos productores en progresivo y rápido deterioro por la acción de las grandes empresas capitalistas y de los monopolios, para completar el conjunto de las clases y capas trabajadoras.

Todas estas clases y capas sociales de trabajadores son aliadas objetivas y los movimientos que tienen en ellas su base social son progresistas y pueden suponer muy importantes contribuciones en la lucha contra el sistema capitalista y por la construcción del socialismo siempre que la clase obrera desempeñe el papel dirigente y en el conjunto de la alianza la estrategia proletaria sea la dominante.

Un punto especialmente importante es la reducción proporcional del proletariado tradicional, en especial del sector más estable de la clase

(1) Samir Amin. "La estructura de clase del sistema imperialista contemporáneo". Revista Mensual, vol. 3-7, p. 53-68

obrero, en el conjunto de los asalariados. ¿Significa esto que el movimiento obrero organizado pierde también importancia relativa en el conjunto de movimientos progresistas, de movimientos en gran medida novedosos cuyos objetivos trascienden objetivamente el capitalismo y cuya base social va en aumento? ¿Supone todo lo anterior que ya hoy en las sociedades de capitalismo desarrollado el proletariado tradicional, la clase obrera, no debe aspirar al papel dirigente, en lo político lo ideológico, y debemos considerar al movimiento obrero revolucionario como un componente más en igualdad con los demás movimientos (ecologistas, feministas, juvenil, etc) y "tradiciones emancipatorias". (Anarquismo tradicional, antiestatismo, etc.).

De la contestación a esta pregunta, depende fundamentalmente, en nuestra opinión, el que sea adecuado o no plantear un cambio en la estrategia revolucionaria y la desaparición del partido del proletariado y sustituyéndolo por un colectivo de todos los movimientos y tradiciones anticapitalistas, como proponen Eladio y Palazuelos.

Nosotros creemos que desde una perspectiva marxista la respuesta a esa pregunta ha de ser necesariamente negativa, dado el carácter específico de la revolución proletaria, la cual se distingue de otras revoluciones habidas en la historia porque su desarrollo no solamente conduce a liberar de la explotación, llevándola al poder, a una clase concreta, el proletariado, sino a liberar "a toda la sociedad de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases" (Engels, prólogo de 1883 al Manifiesto Comunista). De aquí que la revolución proletaria no sea algo que interese objetivamente en exclusiva a la clase obrera, sino a todos los explotados y oprimidos: por eso una revolución proletaria puede triunfar (de hecho triunfa) en lugares donde la clase obrera es débil numéricamente (son los casos, por ejemplo, de Rusia en 1917 o de China), sin que por ello sea, en menor grado, una revolución proletaria.

Como señala Bettelheim (2) "el carácter proletario de una revolución se debe mucho más al papel dominante que desempeña la ideología proletaria y el partido portador de esta ideología que a la amplitud numérica del proletariado. El papel dominante del proletariado en la revolución es, por consiguiente, ante todo, un papel ideológico y político. El proletariado, por tanto, puede ser la fuerza ideológica y política dirigente de la revolución incluso cuando no constituye la fuerza numérica determinante".

En la revolución socialista están objetivamente interesados todas las clases, capas y sectores explotados y oprimidos por el capital, y las manifestaciones del sistema capitalista chocan contra los intereses y aspiraciones de todos ellos. Por esto, están llamados a rebelarse contra las relaciones sociales burguesas. Este carácter crecientemente rebelde (o si se quiere radicalizado) de amplias masas no obreras (una buena parte del conjunto de los asalariados, de jóvenes, mujeres, marginados, etc), cristalizado a veces en movimientos organizados, sobre todo en los países de capitalismo más desarrollado, puede llegar a convertirse en revolucionario siempre que lleguen a situarse política e ideológicamente en posiciones proletarias. Y para

eso es imprescindible el Partido portador y defensor de esta ideología y que desarrolle y dirija la estrategia revolucionaria: el partido marxista-leninista.

La confusión entre lo que es rebelde frente al sistema y lo que es revolucionario es una de las bases del Informe de Eladio y Palazuelos. Confusión que está causada por el menosprecio de la lucha ideológica. Por más "radical" en los métodos de protesta y rebelión que sea un movimiento (incluido el movimiento obrero) no es verdaderamente radical, es decir, no va realmente contra las raíces, contra los mecanismos claves del sistema capitalista, si no ha asumido la ideología y la estrategia política de la única clase que puede ser la dirigente de la revolución: el proletariado. Papel dirigente que no viene dado principalmente por ser la clase que no tiene nada que perder sino las cadenas (como decía la frase clásica convertida en cliché que ya hoy no es cierta plenamente), sino por ser la clase contraria, radicalmente antagónica de la clase dominante en el capitalismo: la burguesía.

El paso de la "rebelión" a la "revolución" no es algo automático ni que se dé simplemente en el curso de la lucha, por más "radical" que ésta pueda llegar a ser. Del rebelde al revolucionario hay toda una toma de conciencia que no se da de forma espontánea; es una toma de conciencia socialista. Un rebelde puede ser la materia prima perfecta para poder conseguir un revolucionario, pero no se pasa automáticamente de lo uno a lo otro. Precisamente el marxismo —el análisis científico de las causas profundas de la explotación capitalista— es el medio de esa toma de conciencia. Por eso no basta hacer la revolución socialista con poner juntos en un colectivo a todos los rebeldes (aún suponiendo que todos lo sean realmente) y marchar juntos en la acción; es preciso esforzarse por conseguir que esos rebeldes (o radicales si se desca llamarles así, aunque esto sea mucho más confuso) se conviertan en revolucionarios, asuman la ideología proletaria, y para ello no puede abandonarse en modo alguno la lucha ideológica.

CONTRA EL ESPONTANEISMO

Porque la conversión de los rebeldes o radicales en revolucionarios pasa por la toma de conciencia socialista, es por lo que no podemos estar en manera alguna de acuerdo con Eladio y Palazuelos cuando afirman que "la futura fuerza política que sustituya a los que han sido los partidos obreros revolucionarios tradicionales podemos concebirla como la convergencia de un colectivo de todas esas corrientes o tradiciones emancipatorias modernas, fruto de la maduración autocrítica de cada una de esas corrientes y un diálogo crítico entre ellas, no principalmente en la confrontación de concepciones teóricas sino en la plasmación de convergencia en la acción hasta llegar a una formulación común".

(2) Charica Bettelheim, en Problemas actuales del socialismo, p. 114

mente compartida del ideal de sociedad comunista que persigue, de cómo avanzar hacia él, qué papel va a realizar el colectivo y cómo va a estructurarse y vivir."

En la anterior propuesta, que junto al llamamiento a "desvincularse orgánicamente del Partido", es decir, a romperlo donde sea posible realizar en lo fundamental esa convergencia, están las dos conclusiones claves del documento. Hay una concepción espontaneísta, utópica, de que simplemente de la acción, de la práctica, surgen sin más las fórmulas teóricas. Para cualquier marxista, teoría y práctica se encuentran dialécticamente unidas, hasta el punto de que una práctica sin teoría revolucionaria no puede ser una práctica revolucionaria, ni siendo todo lo "radical" que se quiera. Y no hay más teoría revolucionaria que el marxismo, que no es un sistema de pensamiento completo y cerrado —no es una religión— pero que tampoco aceptamos sea sólo una tradición del movimiento obrero; ni siquiera simplemente un método, como afirman ahora Eladio y Palazuelos y afirmó, por ejemplo, Felipe González como justificación del abandono formal del marxismo por parte del PSOE.

La "maduración" de los "movimientos emancipatorios" no puede en modo alguno hacerse simplemente desde dentro de ellos por medio de la autocrítica. Esta es una consideración religiosa, no materialista, de las cosas; la "maduración" de las distintas clases y capas explotadas y oprimidas y de sus movimientos exige un elemento "exterior": el conocimiento científico, la teoría y el método del marxismo-leninismo como fuerza transformadora del mundo hacia una sociedad sin clases. Por eso es precisa la LUCHA IDEOLÓGICA DE CLASE, la confrontación ideológica que los camaradas menosprecian totalmente, y que nada tiene que ver con la repetición de frases estereotipadas, con fidelidades a fórmulas vacías, ni con excomuniones en nombre de principios cortados de la realidad y de la práctica.

Lucha ideológica de clase que no puede ser "espontánea", de "simple diálogo crítico" y de "convergencia en la acción" entre diversas concepciones teóricas, ya que esta lucha y la edificación del socialismo son imposibles sobre la base exclusiva de las concepciones y conclusiones espontáneas de las clases explotadas y oprimidas, incluida la clase obrera, debido a que esas concepciones están necesariamente impregnadas de la ideología dominante, la ideología burguesa. Y la rebeldía, la "radicalidad", contra esas concepciones no basta por sí sola, aún cuando sea totalmente necesaria, para hacer surgir las concepciones revolucionarias del proletariado. De ahí que del colectivo de todos los rebeldes (de todos los radicales) no pueda surgir sin más, por la convergencia en la acción, por muy radical que ésta sea, una formulación teórica y ni siquiera una práctica realmente revolucionaria. Para que ello sea posible es indispensable una organización que sea portadora de las concepciones revolucionarias proletarias, considerándolas no como una religión, sino como la base de una teoría científica que como todas las teorías científicas necesita continuamente un análisis crítico y un desarrollo creador, fruto del contraste de la teoría con la práctica en el campo concreto de la lucha de clases. Esta organización indispensable es el partido revo-

lucionario, que ni puede entenderse como, una iglesia, como depositario de ningún conjunto de dogmas, ni como sustituto de la clase obrera y de las masas populares, sino como instrumento que "realice" la ideología revolucionaria y desarrolle prácticas conforme a esta ideología, llevándola sin imposiciones manipuladoras a todos los movimientos y organizaciones que tienen como objetivo ir contra manifestaciones concretas de la explotación y opresión engendradas por el sistema capitalista.

CONTRA UNA FALSA VISION DE NUESTRA ESTRATEGIA

De aquí que no pueda haber contradicciones insuperables entre la estrategia surgida de la ideología proletaria y los movimientos surgidos como respuesta a los nuevos, o no tan nuevos, fenómenos producto del desarrollo de la crisis capitalista. Y en modo alguno pueda ser aceptable la pretensión de hacer desaparecer la organización portadora de la ideología proletaria disolviéndola en el seno de un colectivo sin ideología. Lo que ha de hacer el partido es impulsar todos esos movimientos, ayudarles a que no sólo sean rebeldes, radicales, sino revolucionarios; y esto no puede hacerse ni considerando a las organizaciones de masas como simples correas de transmisión de las consignas del Partido, ni haciendo desaparecer el partido por considerar su propia esencia como un factor limitador, como un freno para el desarrollo de dichas organizaciones.

Antes al contrario, sin partido del proletariado, sin partido marxista-leninista, la revolución se hace imposible por más radicales que en sus métodos sean estos movimientos y organizaciones. La propuesta que se nos hacen no es más que una concreción del conocido y acientífico slogan anarquista: "el pueblo unido funciona sin partidos".

Claro que si la teoría y la práctica del partido revolucionario tuvieran necesariamente que tener las características que señala Eladio afirmándolas como consustanciales con la misma naturaleza de todo partido, no se perdería demasiado porque el nuestro desapareciera, aunque se lugar, desde luego, tendría que ser ocupado por un partido que fuese realmente marxista-leninista.

Pero lo que Eladio y Palazuelos afirman como consustancial a la estrategia comunista y al partido marxista-leninista no es más que la expresión simplificada y mixtificada de su propia posición teórica y de su práctica real. Para escapar a la necesaria autocrítica sobre los graves y repetidos errores de esquematismo, burocratismo y manipulación cometidos por el aparato tradicional del partido e impuesto muchas veces como norma al conjunto de éste, realizan una huida hacia adelante, una verdadera evasión de sus responsabilidades concretas, achacando a insuficiencias de la teoría y la estrategia revolucionarias y a la propia esencia de los partidos obreros revolucionarios, lo que han sido errores e insuficiencias propias. Estos errores e insuficiencias se lanzan lejos de sí, se achacan a la propia teoría y al tipo de partido marxista-leninista en general.

Los camaradas dibujan en cuatro trazos lo que ellos dicen que es la concepción de la estrategia revolucionaria propia del movimiento comunista internacional, o "en cualquier caso la concepción que tiene el Partido" (si fuera éste último suponemos que a Eladio correspondería la parte significativa de la responsabilidad, ¿o no?). Dicen que, "de forma muy simplificada" (¡y tanto!) "está basada exclusivamente en función de una progresiva acumulación de fuerzas y de desarrollo de la conciencia de las masas a través de la lucha política. La lucha sindical juega un papel de soporte favorable de esa lucha política y la lucha ideológica se la reserva el partido circunscribiéndola a la lucha teórica contra las corrientes burguesas, de modo especial contra el revisionismo".

Este es un planteamiento no solo simplificado sino una caricatura de lo que es la estrategia comunista; porque, ¿es consustancial con la estrategia y táctica comunistas, la "consideración de la lucha política como condición suficiente (apoyada en lo sindical y reivindicativo como complemento)? Nosotros afirmamos que esa consideración errónea no la han tenido jamás Marx, Engels, ni ningún verdadero marxista, aunque es muy posible que la hayan tenido Eladio García Castro y otros camaradas durante mucho tiempo y de ahí el verdadero subdesarrollo del partido en casi todo lo referente a la lucha ideológica, cultural. Pero esto, ¿hay que aducirlo a la esencia de la teoría, o a esquematismo de la dirección tradicional del partido, empeñada continuamente en planteamientos casi exclusivamente a muy corto plazo?. Nosotros creemos que claramente a esto último.

El encorsetamiento de muchos movimientos, la manipulación repetida de organizaciones de masas, consideradas de hecho como "meras correas de transmisión del partido", ¿responde a la esencia de la estrategia y al carácter de los partidos marxistas-leninistas, o al oportunismo y burocratismo de una parte de los dirigentes tradicionales del partido?. ¿Hay que considerar consustanciales a la teoría y a la naturaleza del partido la práctica repetida de convertir a militantes en "independientes" para que colaran mejor en organizaciones de masas? ¿Y el crear tinglados sin base alguna haciéndoles pasar por "organizaciones de masas" con el único objeto de controlar asociaciones artificiales y tener nuestras propias teclas?. ¿Y el hacer desaparecer organismos y plataformas cuando su control se va de las manos, como ocurrió en tantos casos?. ¿Y el obligar burocráticamente a los camaradas que trabajan en tal o cual sector o "frente" a constituir a fecha fija, como sea, sindicatos de gremio (de enseñantes, estudiantiles, etc., etc.), asociaciones, etc. independientemente de cual fuera la dinámica de masas, exclusivamente porque le convenía "al partido"? ¿Y el presentarse a las elecciones por tal o cual provincia simplemente porque estando en sus listas ~~camaradas~~ determinados tenían más posibilidades de llegar al Parlamento, sin tener en cuenta la flagrante contradicción entre esto y el ascenso de la conciencia nacionalista y regionalista de las masas?.

Todo esto, y otras cosas de las que estamos

burocrática el aparato central del partido y muchos aparatos de las organizaciones nacionales y regionales, y que, a pesar de avances indudables en el papel en los últimos años, ha sido incapaz de llevar esos avances a la práctica e incluso ha constituido de hecho un importante obstáculo para ello?.

Nosotros creemos que lo segundo, y nos autocriticamos por no haber luchado más de lo que hemos hecho (aunque al menos en Andalucía, en el antiguo Partido del Trabajo, sí ha habido batallas en este sentido) para "subvertir" no el partido, como ahora proponen Eladio y Palazuelos, sino el grupo dirigente cuyo núcleo fundamental ha permanecido prácticamente inalterable desde el fascismo, y que ahora, en lugar de reconocer lealmente que ha sido suya la principal responsabilidad de todos estos graves errores, trata de evadirse de toda autocrítica concreta personal, achacándolos a la esencia misma de la estrategia y del partido. Afirmando que uno y otra no sirven, se salva toda responsabilidad concreta y se pretende borrar todo el pasado.

SOBRE LA CONCEPCION DE LA REVOLUCION Y LA NEGACION DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Partir de que, respecto a la situación que había en Rusia en vísperas de la Revolución de Octubre, "la realidad actual de las formaciones capitalistas occidentales es infinitamente más compleja" es una obviedad que no merecería comentario si no fuera porque estamos acostumbrados a que esa frase encabece planteamientos que niegan la cuestión clave del marxismo: la necesidad histórica de la dictadura del proletariado, del Socialismo, como único medio para conseguir la sociedad sin clases.

Pues bien, en las 21 páginas de la propuesta de Eladio y Palazuelos no se mencionan ni una sola vez las palabras socialismo, dictadura del proletariado o Estado proletario, que son sinónimos para Marx, Lenin, etc., como bien sabe Eladio García Castro, autor de un folleto publicado todavía no hace tres años, precisamente con el título de "¿Qué es la dictadura del proletariado?" y que iba encabezado con el famoso trozo de la carta de Marx a Weydemeyer de 5 de Marzo de 1.852, en la que señalaba que lo que él había aportado de nuevo no había sido el descubrimiento de las clases y de la lucha de clases, sino demostrar que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado y que ésta es precisamente el tránsito hacia la abolición de todas las clases.

Y afirmamos que los camaradas niegan el Socialismo, la dictadura del proletariado, porque todo su razonamiento les hace obligatoriamente "olvidar" la cuestión de cómo se llega a la sociedad sin clases. No por casualidad se refieren repetidamente a la "revolución comunista" y al comunismo, nunca a la "revolución socialista" o al socialismo, y esto no por mero capricho sino por necesidad de su argumentación. ¿Cómo van siquiera a nombrar la dictadura del proletariado, el Socialismo, si plantean de hecho el cambio de sujeto histórico principal de la revolución: el proletariado, sustituyéndolo por el conjunto de los asalariados y por los marginados;

si consideran la "tradición marxista revolucionaria" como una tradición emancipatoria" más, al lado de otras varias; si propugnan la desaparición del partido de la clase obrera sustituyéndolo por un "colectivo de todos los trabajadores y todas las personas animadas del ideal emancipador de la sociedad comunista, que comparten la necesidad de destruir el Estado capitalista y formular una discusión democrática, ¿qué hacer? para avanzar en esa dirección"; si afirman que las sociedades de "industrialismo maduro" "tienen una base material y una civilización (?) preparada para abordar la transición a' comunismo, que -se subraya- conlleva un proceso de extinción del Estado", pero sin decir que esto sólo es posible con la construcción de un nuevo tipo de Estado, el Estado proletario, en el que mediante la continuación de la lucha de clases, la clase obrera, que ha pasado a ser dominante, ejerce su poder coercitivo, sobre la burguesía, en alianza con las otras clases populares, precisamente para abolir todas las clases y dar lugar a una nueva civilización?

Si el colectivo que se propone, la llamada "fuerza para una nueva civilización", estaría constituido por un conjunto de gentes sin ideología común, sólo "animadas del ideal emancipador de la sociedad comunista", es lógico que muy difícilmente podría dar contestación a la famosa pregunta de ¿qué hacer?, ¿cómo avanzar?, y trataría falsamente de pasar por encima de ella, señalando sólo la necesidad de poner en marcha el proceso de extinción del estado. O bien habría de responder al ¿qué hacer? con la consideración de que la respuesta surgiría espontáneamente a la luz de la práctica, lo que supone desconocer que la práctica, a su vez, sólo puede dar luz si está iluminada, guiada, por una teoría científica, revolucionaria. Pero como ésta (el marxismo-leninismo) sería sólo una teoría entre otras, a su mismo nivel y sin confrontación con las demás, y no habría tampoco partido marxista-leninista, el colectivo se vería abocado a una búsqueda agónica, atormentada, de la respuesta al ¿qué hacer?, precisamente mediante la acción en todos los terrenos pero sin brújula alguna ni estrategia común. De esto al activismo vacío, por más radical que fuese, al puro espontaneismo, a la fe metafísica de que la sola acción genera teoría, sólo hay un paso. O la otra alternativa sería tener una fe cuasi-religiosa en que, tras el derrocamiento del sistema capitalista y gracias a que la revolución sería a la vez política y cultural, la "nueva civilización" se impondría naturalmente. ¿No se asemejaría esto a las más rancias utopías anarquistas?

Desde luego, nosotros entendemos que ningún ejemplo histórico concreto de revolución es hoy válido para proponerlo en España o en otros países de la Europa Occidental. Se han producido cambios importantes que ningún partido revolucionario puede desconocer si no quiere caer en el más estéril dogmatismo ideológico y en el más puro testimonialismo político. También entendemos, con Lenin, que la dictadura del proletariado no es un conjunto preciso de instituciones políticas, sino una fase histórica del desarrollo de la lucha de clases que comienza con la toma del poder por la clase obrera, invirtiéndose la contradicción de clases. Y seguimos creyendo en su necesidad; por eso somos marxistas. ¿El colectivo al que se refie-

ren los camaradas aceptaría la necesidad de construir la dictadura del proletariado, la necesidad del Socialismo como fase *obligada* de transición al comunismo, aún sin que haya necesidad de delinear concretamente la forma histórica en que se materializará entre nosotros?. ¿Los anarquistas, organizados o no, los antiestatistas, etc. aceptarían esto?. Seguro que no, y por eso Eladio y Palazuelos ni siquiera mencionan la cuestión clave del poder, de las características, siquiera sean generales, del poder revolucionario. Y hablan sólo de comunismo y no del camino hacia este, el socialismo. Nos gustaría saber si dentro de su revisión global de la estrategia está la negación de la necesidad de la dictadura del proletariado o si no la nombran para no molestar a otras "tradiciones emancipatorias". Cualquiera de las dos opciones sería totalmente rechazable, al menos por nosotros. En cualquier caso, hablar de comunismo, de nueva civilización, etc., sin hablar de socialismo significa algo muy parecido a hablar de comunismo en el mismo sentido que lo hacen los libertarios: de forma romántica, idealista pero no científica.

SOBRE LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

En el documento que criticamos no se hace mención alguna de la defensa de la democracia, que es uno de los ejes fundamentales de nuestra política establecida. ¿Quiere decir ello que el tema no se considera ya importante y que la "nueva radicalidad" pasa de esas minucias?. La laguna es preocupante, tanto más cuanto que significados camaradas muestran, tanto en sus palabras como en sus actos, un desprecio total hacia las vías institucionales.

Precisamente ahora que el gran capital, a través de la UCD, está recortando drásticamente los derechos reconocidos en la Constitución, mediante la aprobación de leyes orgánicas reaccionarias, se plantea de hecho ir contra la Constitución, "pasar" de ella. ¿No será esto una cuestión de imagen para aparecer "más radicales" o un oportunismo para ser admitidos por los movimientos anticapitalistas "radicales"? En el documento llega a afirmarse la quiebra del actual sistema de partidos y la esterilidad de las instituciones del sistema parlamentario, no porque los que estén representados en ellas sean partidos reformistas, sino en sí mismo.

Como no estamos en un período revolucionario, nos declaramos claramente en contra de cualquier campaña de desprestigio de las instituciones democráticas como tales, no sólo porque en esto se confluiría con los intereses de las fuerzas más negras y reaccionarias del país, sino porque, cara al futuro, estimamos que será necesario combinar vías de democracia directa, asamblearia, que hay por supuesto que potenciar, e instituciones de democracia representativa. Ambas han existido juntas, de forma complementaria, en todas las materializaciones históricas que ha tenido la dictadura del proletariado.

Esto no quiere decir culto alguno a la legalidad. Nuestro partido, antes y ahora, y esperamos que en el futuro, es un partido revolucionario que no debe detenerse necesariamente en su defensa de los intereses de los trabajadores y de las clases oprimidas,

en los límites de la legalidad burguesa, cualquiera que sea el rango jurídico de esa legalidad. Hay que luchar por ensanchar esta y por defender las conquistas legales obtenidas por el sacrificio y la lucha del pueblo, porque mientras más se desarrolle de forma progresista la legalidad burguesa — en el caso español, la Constitución — en mejor situación se encontrará la clase obrera y el pueblo dentro de las diversas batallas políticas, económicas y culturales de la lucha de clases.

Por tanto, podrá parecer más "radical" pasar de toda legalidad, de toda vía institucional, pero, desde luego, no es ello en modo alguno más revolucionario.

SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

Eladio y Palazuelos afirman la "quiebra actual del sistema de partidos" como derivada de la gran crisis que sacude hoy a la humanidad, la cual "alcanza también a nuestro partido". ¿Qué quiere decir esto exactamente? Por supuesto que en España, desde las primeras elecciones generales tras el fascismo, en el Parlamento no ha habido verdadera oposición, debido a la política de consensos, pactos secretos, etc. También ha habido, y sigue habiendo, una tremenda separación entre el Parlamento y el pueblo, ya que aquel no constituye la caja de resonancia de los problemas de este. Esto es totalmente evidente y una de las razones principales del "desencanto" y el aumento del abstencionismo político. A nivel municipal, las cosas ya comienzan a ser de otra manera, y aún más lo serán a nivel de los Parlamentos de nacionalidades y regiones en todos aquellos casos en que no exista mayoría de derechas, sobre todo si hay en ellos miembros de nuestro partido.

Nosotros creemos en la necesidad de impulsar al máximo la democracia directa, asamblearia, las formas de organización que los trabajadores y el pueblo se vayan dando en el transcurso de la lucha de clases, pero no por ello hay que rechazar la democracia representativa ni el hecho de que los partidos, si bien no son los *exclusivos* representantes y portadores de los intereses de las clases (cosa que es, por demás, evidente) sí son sus principales instrumentos *políticos*.

Está claro que existe un desprestigio relativamente amplio de los partidos en general, pero nuestra obligación es entonces explicar a las masas, y sobre todo ayudar a que las masas comprendan por su propia experiencia, donde está la raíz del problema, cuales son sus causas, cómo no todos los partidos son iguales, cómo es falsa científicamente esa división convencional entre partidos de derechas y de izquierdas, cómo la clave está en los intereses de clase que realmente se defienden y no en los que se dicen defender.

En el Informe aprobado por el II Pleno del Comité Central Nacional del PTA, en Octubre pasado, se señalaba, además de los ejes fundamentales de nuestra política de Construcción Nacional de Andalucía, la necesidad de potenciar sin reservas las organizaciones y plataformas sectoriales o cons-

truidas en torno a esos diversos ejes: la conquista de la más plena y rápida autonomía, el desarrollo de un sindicalismo de clase y andaluz, la defensa de la democracia política, la utilización progresista de las palancas de gobierno municipal, la lucha por la mejora de la calidad de vida, y la lucha por la recuperación y desarrollo de nuestra identidad cultural.

Todas esas organizaciones y plataformas — se decía en aquel Informe, cuyo conocimiento y discusión en el partido ha sido en gran medida boicoteado, al menos objetivamente — forman parte del *movimiento político* que hemos de impulsar para conseguir la base social necesaria para avanzar hacia la revolución.

En el Informe afirmábamos esto porque sabemos que el Partido no es el único factor de progreso. Pero también señalábamos categóricamente que el Partido era imprescindible para que todo ese movimiento político no sólo se moviera sino que se moviera en la dirección adecuada, y no de forma espontánea, por acelerones y a bandazos. Por eso decíamos que "debemos potenciar sin reservas las organizaciones y plataformas *sin intentar dirigirlos burocráticamente pero sí políticamente*, tratando de darles la dirección política correcta, ganando esa dirección mediante el convencimiento político y el ejemplo de nuestra actividad práctica, y laborando por *hacerlos converger* entre sí y con el conjunto del movimiento obrero y popular".

Hoy seguimos pensando esto mismo y por ello rechazamos cualquier acusación de que nuestra estrategia (la oficial del Partido de los Trabajadores de Andalucía) sea una estrategia estrechamente partidista, miopemente partidista, y defendemos, seguimos defendiendo, la necesidad del partido marxista leninista. Es más, afirmamos que sin partido jamás se producirá esa convergencia necesaria entre los distintos movimientos, al igual que sin cemento no fragua obra alguna. El partido debe ser ese cemento ideológico y político, aunque desde luego hoy tenga demasiada arena burocrática enquistada desde hace años en su aparato.

Afirmar, como hacen Eladio y Palazuelos, que sólo mediante la unidad de acción puede conseguirse una formulación teórica común y producirse una convergencia natural, no es más que puro subjetivismo voluntarista que nada tiene que ver con un análisis científico, materialista, de la realidad. Es, simplemente, la resurrección de una vieja utopía anarquista.

Incluso cuando esos camaradas hablan del "partido" (cayendo en una flagrante contradicción, ya que el colectivo que nos proponen no es en modo alguno un partido, por carecer de ideología y estrategia mínimamente definidas), reducen su papel a "laborar porque se articulen entre sí (los diversos movimientos) en la lucha política", es decir, reducen el partido a una coordinadora: nada de intentar dirigir políticamente, sin burocratismos, esos movimientos; nada de intentar infundirles, mediante una lucha ideológica en el seno del pueblo, la ideología proletaria; nada de esforzarse por hacer avanzar a las masas y organizar la revolución ("la revolución no se hace, se organiza", decía Lenin)... nada, pues, de partido.

Y sin embargo, el partido proletario, el partido marxista-leninista sigue siendo imprescindible

LAS CARACTERÍSTICAS DEL PARTIDO PROLETARIO

Afirman Eladio y Palazuelos que "el concepto de que el papel del partido, armado con el marxismo-leninismo, es dirigir a la clase obrera y a las masas en la lucha por el poder y la construcción del comunismo ha servido y está sirviendo para encubrir la sustitución de las masas por el partido, la subalternidad de las primeras y sus movimientos al segundo, para coartar el desarrollo de las energías revolucionarias de las masas y convertir al partido en un fin en sí mismo y no en un medio para la revolución".

Afirman también que "los sucesivos intentos de democratizar el partido, por incrementar la participación real de los militantes, por garantizar su propio desarrollo político e ideológico al compás de su actividad revolucionaria, u otros intentos, no han quedado más que en pequeñas reformas incapaces de transformar nuestra realidad". Esto, y muchos otros vicios y errores están producidos "no por errores parciales de aplicación o problemas subjetivos de ningún tipo" -es decir, no por los errores de burocratismo o por incapacidad de quienes han venido ocupando el aparato del partido que tenía que poner en marcha las reformas- "sino porque objetivamente en nuestra concepción del partido, de su función, su estructura, etc., reproducimos ese mismo fenómeno de subalternidad que se produce en la sociedad". O sea, porque nuestra concepción del partido tiene necesariamente ("objetivamente" dicen ellos) que producir efectos contrarios al avance hacia la revolución. Con esta base, no es extraño que consideren que nuestra concepción ya no sólo del partido, sino incluso del marxismo "legítimo el actual sistema", es decir, sea un apoyo a la continuidad del sistema capitalista.

Pero vayamos por partes. Sobre esto último, cuando Eladio y Palazuelos hablan de "nuestra" concepción del partido y del marxismo, habría que preguntarles: ¿"nuestra", de quién?. Sin duda, de ellos y posiblemente de algunos otros camaradas, principalmente pertenecientes al enquistado y burocrático aparato que tanto a nivel estatal como de las nacionalidades y regiones ha encorsetado muchas energías del propio partido, para no hablar de los movimientos de masas, por su ansiedad compulsiva por controlar "los hilos". De quienes son maestros en jugadas taticistas, en crear y hacer desaparecer organismos, en mandar "paracaidistas" a este u otro movimiento o territorio para controlarlos de cerca, aunque los camaradas enviados, por ejemplo a "organizar" el movimiento campesino no sepan distinguir una lechuga de una patata. De quienes han venido realizando, hasta ayer mismo, y lo siguen haciendo, todo lo que critican ferozmente, achacando a la esencia del sistema, a la concepción marxista de la estrategia y el partido revolucionarios, todos los errores, deformaciones y aberraciones burocráticas de los que ellos son principales responsables- y los demás también por no habernos opuesto más resueltamente a su continuación.

Sobre todos estos vicios, sobre todos estos burocratismos y politiquesos que hay sin duda que

desterrar con la mayor energía revolucionaria, ni una sola autocrítica personal o de grupo. Para escapar de ésta, se echan todas las culpas a la esencia del partido, y tan frescos. Aunque para hacer ésto haya a la vez que plantear la liquidación del propio partido, definido como "fábrica de enanos". Pues se plantea, y en paz. Y encima se lavan todos los posibles y no reconocidos errores, presentándose como los máximos oponentes de todo aquello generado principalmente por ellos mismos. Perfecta fuga hacia adelante.

Y como el sistema; la esencia del sistema (el propio partido y "nuestra" concepción del marxismo) es lo que, según ellos, falla, resulta coherente afirmar que no cabe intento alguno de reforma; que hay, por tanto, que destruirlo, que subvertirlo.

Se levantan así, uno tras otro, una serie de fantasmas, de insuficiencias, de limitaciones, aberraciones y errores, considerándolos como consustanciales al tipo de partido marxista-leninista. Detengámonos un momento en lo que se dice de los dirigentes y que en gran medida es acertado: personalismo (nosotros diríamos que incluso culto a la personalidad, hasta no hace mucho y aún hoy mismo en lo que se refiere sobre todo al camarada Eladio, y suponemos que en la antigua ORT ocurriría algo parecido), tendencia a la conciliación y a los compromisos, mesianismo, separación de los movimientos de masas y hasta de la vida normal, etc. Todo ésto es verdad, y más mientras más alto subimos en el nivel de los dirigentes tradicionales. Pero Eladio y Palazuelos se sitúan por encima de esa situación, como si ellos no hubieran incurrido en esos defectos, y nos traen ahora el "descubrimiento" de los peligros de autoreproducción del aparato organizativo, de concentración en muy pocos camaradas de la mayor parte del poder, de separación cada vez mayor entre la maquinaria "pensante" y los militantes "actuantes", etc. Seguimos de acuerdo, pero no admitimos que esto ocurra "al margen de la voluntad de nadie", que se reproduzca "inconscientemente en todos los ámbitos del partido, en todos los niveles" ni que sea un "descubrimiento" de ambos camaradas. En el Informe presentado por Isidoro Moreno y aprobado tras dos larguísimas sesiones del Comité Central del antiguo PTA, en Abril de 1979, en las que estuvieron presentes los camaradas Eladio, Aramburu y Gracia y cuyo desarrollo fué especialmente duro, se señalaban claramente una serie de problemas organizativos, y muchos de ellos ligados estrechamente al "aparato" del partido: la existencia, de hecho, de "supercomités"; el funcionamiento sectorializado por "frentes"; el funcionamiento no institucionalizado; la perduración de estilos de trabajo y prácticas que si habían sido necesarias en la clandestinidad estaban -y siguen estando- en contradicción flagrante con una verdadera democratización del partido; la suplantación frecuente de las secretarías políticas por parte de las secretarías de organización; la selección de cuadros o adjudicación de tareas en base, sobre todo, a la "fidelidad" personal y no a la idoneidad; la tendencia a considerar, creando clima de opinión sobre ello dentro del partido, que los verdaderos dirigentes eran sólo los "liberados", aquellos con

dedicación profesionalizada exclusiva al partido, mientras los demás eran —o éramos— sólo dirigentes para dar la imagen pública, dirigentes "de escaparate"...

Estamos seguros de que a la mayoría de los militantes no les llegó ese Informe sobre "La situación actual del partido y el partido que necesitamos", y no les llegó, no pudieron discutirlo, precisamente por el enquistamiento del aparato, por la responsabilidad de camaradas concretos que en vez de ser cauces son taponés. A aquel informe le faltaba una cosa: afirmar que la democratización del partido, su puesta a punto imprescindible, era imposible —como se ha demostrado— si no se cambiaban no sólo las ideas sino también los hombres del aparato, "subvirtiéndolo" el aparato mismo para hacer avanzar al partido; lo que es exactamente lo opuesto de subvertir al partido para salvarse de la crítica y evitar las responsabilidades como están haciendo ahora los integrantes de ese aparato tradicional y enquistado.

Por eso sería cómico, si no fuera porque es lamentable y nos vaya en ello el propio partido, que sean los más burocráticos, los más tacticistas, los más endiosados, quienes ahora, de la noche al día, acusen al partido de ser una máquina de hacer burócratas, manipuladores y endiosados. ¿Quién no podría tener al menos la duda razonable de si este cambio espectacular no tenga dentro la filosofía oportunista de que "todo cambie para que nada cambie", y no tenga como objetivo el presentarse ahora como el equipo en el que se realice esa "convergencia natural" de todos los movimientos radicales? Porque pasar de la noche al día, tantogerite a la vez, de Stalin a Mareuse sería algo tan milagroso como las "conversiones" del Palmar de Troya.

Hay una afirmación que, en concreto, nos parece muy bien, y es la de que los dirigentes deben estar más en contacto con la realidad y llevar "una vida lo más parecida posible a cualquier ciudadano". Si no exageramos demasiado la posibilidad de esto último, nos parece de perlas que una serie de camaradas lleguen ahora a esa conclusión. Lo que ocurre es que otros siempre hemos pensado de esa manera y tratado de actuar en consecuencia, y ello incluso nos ha traído no pocos problemas y hasta menosprecio por parte de quienes se autoconsideraban los dirigentes "de verdad" precisamente por vivir de forma muy distinta a la de cualquier ciudadano (y no estamos refiriéndonos sólo a la época de clandestinidad). Enhorabuena, pues, por esa conclusión, pero admítase que muchos no podamos recibirla como si fuese un portentoso descubrimiento.

Eladio y Palazuelos, al afirmar que "nuestro" concepto del Partido convierte a éste en un fin en sí mismo, frenando el desarrollo de la energía revolucionaria de las masas, señalan que esto es cierto aunque se añadan condicionantes en sentido contrario tales como que el partido esté asentado en un profundo conocimiento de la realidad, que aprenda de las masas y esté ligado a ellas, etc. Y se preguntan: ¿cómo puede saber nadie en cada momento que tales condicionantes se cumplen? Trataremos de dar varias breves respuestas funda-

mentales.

Por supuesto, el carácter proletario del partido no depende de la autodefinición, ni de la repetición de frases en relación con la fidelidad al marxismo-leninismo; sólo podrá verificarse analizando en concreto si sus prácticas políticas e ideológicas tienen o no naturaleza de clase proletaria. Y esto hay que verlo fundamentalmente examinando la forma de las relaciones del partido con las masas, de las relaciones en el seno del propio partido y de las relaciones de este con el aparato del Estado. Los camaradas no hacen esto en su documento, dan como imposible, sin argumentar por qué, la contestación a su propia pregunta, y se precipitan por la senda del espontaneísmo, apoyando la tesis ~~Sa-~~ ~~erista~~ de que la conciencia espontánea de la clase obrera puede llegar a ser revolucionaria sin ningún aporte exterior, por su propio desarrollo; afirmación que de ser cierta haría desde luego innecesario el Partido y el propio marxismo.

Sobre esto, recogemos lo que dice Gramsci (un revolucionario poco sospechoso de haber sido considerado sagrado en el Partido): "el movimiento proletario, que es creado objetivamente por el desarrollo del capitalismo, se hace revolucionario, es decir, se plantea el problema de la conquista del poder político, sólo cuando la clase obrera ha adquirido conciencia de ser la única clase capaz de resolver los problemas que el capitalismo plantea en su desarrollo, pero que no logra ni puede lograr resolver... y ello no ocurre espontáneamente, sino en cuanto que los representantes de la ciencia y de la técnica construyen la ciencia proletaria", es decir el marxismo. Para Gramsci, "el partido es, ni más ni menos, la parte del proletariado —y de quienes han asumido las posiciones de clase proletarias— que ha asimilado la teoría socialista y continúa difundirla". Por eso es adecuado hablar del partido como de la "vanguardia del proletariado", y no puede aceptarse que sea sólo un colectivo que articule o haga converger —¿en torno a qué?— las rebeldías producidas por la lucha de clases, como nos propone Eladio. Al contrario, su función es la de convertir la ideología proletaria en el factor dominante de esa lucha destinada a conseguir la propia desaparición de las clases, para lo que es previo el triunfo de la revolución socialista.

Un partido realmente proletario no puede pretender actuar en lugar de las masas, sustituir la acción y la iniciativa de éstas por acciones puramente testimonialistas de imagen radical; un partido proletario ha de ayudar a las masas a que se realicen ellas mismas, pues sólo hay verdadera transformación a través de la experiencia. El partido proletario ni puede encorsetar a las masas y sus organizaciones (nosotros somos rotundamente contrarios a la consideración de éstas como correas burocráticas de transmisión), ni ser simplemente un espectador que levanta acta, estudia o articula la acción espontánea de las masas. Tiene que plantear objetivos y señalar medios que las masas populares puedan hacer suyos; elaborar una estrategia y una táctica adecuadas, y ayudar a las masas a organizarse. ¿Por qué frente al dogmatismo y el burocratismo presentan Eladio y Palazuelos como alternativa falsamente única, la carencia de ideología, el espontaneísmo, o, a lo más, el anarquismo?

Es preciso plantear otra vía distinta a esas dos, la vía del marxismo-leninismo, la vía de un partido que esté en lucha permanente tanto contra la fosi- lización y la conversión de la teoría en dogma, como contra los continuos bandazos tacticistas y el radicalismo espontaneista.

Partido revolucionario de masas o Partido "ra- dical" de activistas

Desde hace muchos tiempo, aunque no se ha- yan hecho explícitas sobre un papel, existen en el partido dos diferentes concepciones, reflejadas en la práctica, sobre si el partido debe aspirar realmen- te a ser un partido de masas o reducirse a un parti- do de activistas. En el último Pleno del Comité Central Nacional del PTA se aprobó, prácticamente por unanimidad, un Informe en el que se denuncia- ba una inquietante desviación consistente en tener sólo en cuenta para las tareas del Partido a los acti- vistas, abandonado de hecho al resto de los cama- radas, justificando esto en una pretendida "eficacia", en la necesidad de "tirar hacia adelante como sea". Esta tendencia, como señalaba aquel Informe, es objetivamente liquidacionista del Partido, cons- tituye un importante obstáculo para que éste se ligue estrechamente con las masas, y pone las bases para caer en un activismo desesperado sin brújula política revolucionaria.

De todos modos, se hace preciso apuntar que si bien para llevar a cabo una línea política de masas es inadecuado un partido casi exclusivamente de activistas, para desempeñar un papel "radical" no lo es. El Partido Radical Italiano, por ejemplo, con sólo unos 3.000 militantes en toda Italia, ha conse- guido en las últimas elecciones 1.300.000 votos, 18 diputados y 2 senadores, y estar constantemen- te en las primeras páginas de la prensa por la reali- zación de acciones minoritarias, testimoniales, pero de gran espectacularidad sobre todo por su carácter provocativo contra los valores del sistema. Y ade- más, consigue millones de firmas para plantear referendums sobre temas como las drogas o el abor- to. Y mucha gente ve con simpatía a un partido que plantea con audacia ciertos temas que los parti- dos de izquierda apenas tocan. Pero ese partido es incapaz de plantearse siquiera la dirección del tranfomento obrero porque no tiene una ideología proletaria sino unos fundamentos extraídos del so- cialismo utópico. Por eso es un partido que aunque se denomine "Radical" no se orienta al enfrenta- miento con la raíz del sistema: el proceso de pro- ducción capitalista, sino contra las manifestaciones del sistema en tal o cual vertiente de la superes- tructura. Lo que ocurre es desde luego, ese Partido "Radical" se vende bastante bien en el mercado de los votos.

Y hace muy pocos días informaba la prensa de la disolución de un partido alemán marxista- leninista, el KPD, y su transformación en un colec- tivo de tipo parecido al que Eladio y Palazuelos nos proponen. Como promotor de la iniciativa se señala a Rudolf Bahro, profesor huido de Alemania del Este a Alemania Occidental y en la actualidad cate- drático en Hannover, el cual profesa una confusa

ideología ecologista-socialdemócrata (sin que ello niegue el interés de algunas de sus aportaciones), constituyendo una de las figuras más destacadas del nuevo panteón de santones que están construyendo algunos camaradas una vez que han "destronado a las antiguas figuras "sagradas" de Marx, Engels, Lenin, etc.

NACIONALISMO DE CLASE Y PARTIDO MARXISTA-LENINISTA

Frente al "colectivo radical" liquidador del parti- do; lejos tanto del dogmatismo estéril como del espontaneismo anarquizante, nosotros propugna- mos un partido marxista-leninista profundamente enraizado en el pueblo andaluz y defensor a ultran- za de los intereses nacionales de Andalucía: un parti- do que practique un nacionalismo de clase que no está reñido si lo que tiene como indispensable com- plemento el internacionalismo proletario.

Tanto el actual PTA como los antiguos partidos del que éste es resultado, especialmente el antiguo Partido del Trabajo de Andalucía, han ido avanzan- do de forma decidida en la comprensión del fenó- meno nacional andaluz. El antiguo PTA fue el pri- mer partido, antes incluso que el PSA, que acordó la consideración de Andalucía como nacionalidad. Fuimos el único partido en defender y trabajar en la práctica -cuando nadie creía de verdad en Anda- lucía como pueblo- porque los trabajadores toma- ran en sus manos la lucha por la autonomía. El único partido que defendió en las elecciones de 1979 que el artículo 151 de la Constitución era la única vía por la que nuestra nación andaluza podía tener una Autonomía que fuera realmente un ins- trumento de progreso, y nuestros Ayuntamientos fueron los que pusieron en marcha el proceso auto- nómico. Denunciamos cuando fué preciso hacerlo a la Junta de Andalucía, por sus conciliaciones vergonzosas con el Gobierno de UCD y nos solidari- zamos con ella cuando ha adoptado posiciones justas, como fué el caso de los tres días de huelga de hambre del Presidente. Y tras el referendun, hemos sido el núcleo principal de la única respuesta de masas al descarado robo que de la victoria de nuestro pueblo nos ha hecho el Gobierno.

Nuestro partido es reconocido por todos -amigos y enemigos- como el más comprometido con el presente y el futuro de nuestros cientos de miles de jornaleros sin tierras: ese sector del prole- tariado que sigue siendo el de mayor potencialidad revolucionaria de Andalucía e incluso de España, que no merece siquiera una línea en el "análisis" que de la estructura social española hacen Eladio y Palazuelos. Ese sector que constituye el centro mis- mo del pueblo andaluz y al que todas las "nuevas radicalidades" no pueden sino producir una cierta sonrisa, ya que no ha habido en nuestra historia sector más decidido y radical que él: radicalismo resultante del hecho de que la lucha jornalera se dirige a la raíz misma del problema que continúa siendo el central de Andalucía: el problema de la tierra.

Claro que este avance del Partido por el camino del nacionalismo de clase no se ha producido sin obstáculos y contradicciones. Basta con repasar

algunos números de "La Unión del Pueblo" (órgano del C.C.F. del antiguo PTE) para darse cuenta de cómo camaradas que ahora tienen permanentemente en la boca las palabras "nacionalidad", "soberanía nacional", etc., defendían todavía no hace un año que la cuestión nacional no era una cuestión estratégica sino simplemente táctica, o esquivaban el término "nacionalismo de clase" sustituyéndolo por el nacionalismo "consecuente" (?).

Y hay muchos hechos que demuestran cómo el aparato central estatal del Partido (antes y después de la unificación) no se ha tomado en serio el nacionalismo de clase que intenta practicar nuestro PTA. Un buen ejemplo de esto es la presentación en las dos elecciones generales habidas hasta ahora de camaradas que no viven —y por tanto no luchan— en Andalucía, simplemente porque aquí podían conseguir más votos (y por tanto tenían ellos más posibilidades de llegar al parlamento) que en Madrid. ¿Se hubieran atrevido a hacer esto mismo en Cataluña o en Euskadi? ¿No han tratado entonces a Andalucía como a una comunidad "subalterna"?

Desde luego, nadie nos opusimos abiertamente a ese oportunismo ni a la orientación de las campañas electorales fabricadas desde el "centro" que no reflejaban, como no podía ser menos, la posición profundamente andalucista de nuestro partido. Nadie nos opusimos abiertamente y de ello debemos, sin duda, autocriticarnos.

Otro ejemplo, si se quiere secundario pero significativo, es que todo el material de propaganda que nos ha llegado siempre de Madrid viene firmado como "Partido de los Trabajadores" (y antes "Partido del Trabajo") sin añadir la palabra "Andalucía", mientras que todo el material dirigido a Cataluña, Euskadi, Galicia, País Valenciano y Baleares, por lo menos, se ha realizado en la lengua nacional respectiva y con el nombre completo del partido de cada lugar. ¿Tenemos que acusarnos los andaluces, también dentro del Partido, del delito de no tener un idioma distinto al de Madrid?

Estos y otros ejemplos de oportunismo y menosprecio a Andalucía por al menos una parte importante del aparato central, debería haber hecho que Eladio y Palazuelos confesaran que también dentro del Partido, con respecto a Andalucía (y a otras nacionalidades y regiones) ha funcionado la "subalternidad" que ellos tanto denuncian en abstracto. A menos que consideren que como Eladio y otros dirigentes centrales han nacido en Andalucía tienen pleno y automático derecho a cruzar Despeñaperros cuando y para lo que tengan a bien, que casi siempre ha sido para salir en las fotos (de manifestaciones legales, votaciones o acciones espectaculares montándose siempre en la cresta de la ola) o para actuar en los hilos del aparato del partido.

De cualquier forma, nosotros consideramos que en su "propuesta para un debate", Eladio y Palazuelos se ocupan de una manera muy pobre del nacionalismo, refiriendo toda su renovada fuerza a la "subalternidad" (una palabreja de uso completamente innecesario que es utilizada para dar más "respetabilidad" a su flojo análisis) y a la rebelión

contra esta. Su análisis genérico es completamente insuficiente y unilateral, y nos recuerda el contenido de un reciente editorial del diario madrileño "El País" donde se afirmaba que Andalucía como conciencia de pueblo era el resultado de los errores de fuera.

Nosotros afirmamos que la nación andaluza existe como tal que tenemos una identidad histórica y cultural por nosotros mismos; que somos quienes somos y como somos no únicamente debido a nuestra lamentable situación de subdesarrollo y dependencia. Que ya está bien de ser definidos sólo por nuestras carencias (que son fruto de la sobreexplotación) y nunca por nuestros rasgos específicos como pueblo.

Los trabajadores andaluces hoy, y una gran mayoría de nuestro pueblo, están también empeñados, junto a la lucha fundamental contra el paro, la marginación y el centralismo, en la lucha por la recuperación y desarrollo de nuestra propia identidad. Por eso la lucha del pueblo andaluz es a la vez reivindicativa, política y cultural; una lucha por poder ser, cada día más, nosotros mismos, mediante el control de nuestros recursos, el control de las decisiones políticas que nos afectan y el conocimiento y profundización en nuestros valores específicos.

Para avanzar en esta estrategia (que no tiene nada que ver con la estrategia "exclusivamente política" que afirman falsamente Eladio y Palazuelos que es la estrategia comunista), es preciso impulsar un movimiento político que ponga en marcha a todo lo progresista que en los diferentes campos existe hoy en Andalucía, que es mucho, en el camino de nuestra Construcción Nacional. Claro que esto no se consigue creando nuevos tinglados al más rancio estilo burocrático (aunque ahora a los tinglados muchas veces se les de el nombre de colectivos), sino apoyando y respetando a las organizaciones y plataformas existentes o por crear; llegando con ellas a cuantos acuerdos sean posibles y correctos; discutiendo críticamente las experiencias y las concepciones teóricas, y no haciéndolas sufrir nuevas manipulaciones ahora más sutilmente enmascaradas. Siendo el Partido el eje y la vanguardia de ese movimiento político cuyas características y tareas esenciales fueron señaladas en el Informe aprobado en el II Pleno del Comité Central Nacional del PTA del pasado octubre, y que nada tiene que ver con el "colectivo radical" que llaman a formar Eladio y Palazuelos.

Y para que el partido pueda ser realmente ese eje político e ideológico (no un eje burocrático) es preciso avanzar decididamente por el camino del marxismo leninismo y del nacionalismo andaluz de clase, fundiendo en uno solo ambos caminos, y dotando al partido de una estructura interna y un funcionamiento democrático y ágil que hasta ahora no hemos tenido, a causa de nuestras limitaciones y errores y por la permanencia de un núcleo de burócratas que han taponado el que llegue a todos los militantes la política del Partido, sustituyéndola por la versión que de esta política les convenga en cada momento. Aunque ahora levanten la bandera del antiburocratismo, la democracia, e incluso el nacionalismo. ¿Pero es que creen que somos tontos?

FOR UN PARTIDO PARA LA REVOLUCION SOCIALISTA FRENTE A LA PROPUESTA DE NUEVO COLECTIVO RADICAL

En definitiva, lo que nos proponen en su documento Eladio y Palazuelos y se está intentando poner ya en práctica en algunas organizaciones mediante una política de hechos consumados, es el abandono del marxismo leninismo y de la estrategia comunista, y la propia desaparición del Partido, que se disolvería en un heterogéneo colectivo radical sin ideología concreta. Y nos proponen esto presentándonos su proyecto como la única y necesaria posibilidad de salvar a la humanidad del desastre.

En muy pocos meses se ha pasado, en lo táctico, de la "acumulación directa de fuerzas por el partido" al toque de cornetín para el rompimiento y la escisión del partido (como ha ocurrido ya en Fuskadi y está a punto de ocurrir en otros lugares). En lo ideológico, algunos camaradas han pasado del marxismo leninismo mal entendido como dogma y visión cerrada, religiosa, del mundo, a una mezcla de comunismo libertario y de hippysmo. Y en lo organizativo, en la concepción del funcionamiento e incluso de la naturaleza de la fuerza política revolucionaria, los burócratas stalinistas se han convertido, como por arte de magia, en defensores a ultranza de los planteamientos populistas más demagógicos.

Triple salto al vacío realizado sin análisis ni crítica de los errores concretos, achacando estos en su totalidad a la que llaman "nuestra" concepción del marxismo, de la estrategia comunista y del partido, que ni es "nuestra" ni es marxista, tal como ellos la plantean, sino que es la concepción que ha tenido en la práctica el aparato burocratizado tradicional del Partido.

En lugar de hacer una autocritica sincera si realmente consideran equivocado todo lo que el Partido ha planteado y llevado a cabo hasta ahora, realizan una espectacular y burda fuga hacia adelante, niegan la posibilidad de mejorar el Partido y proponen la desaparición de este y su sustitución por un colectivo donde converjan las corrientes ideológicas y las organizaciones más heterogéneas, sin otro nexo que su crítica pretendidamente "radical" a las manifestaciones, que no a la esencia, del sistema capitalista. Y plantean esto como una necesidad sin espera posible, nada menos que para salvar a la humanidad. ¿No suena esto a iluminismo, a mesianismo?

En lugar de bajar efectivamente a los movimientos de masas y trabajar en ellos, descansando un tiempo de su papel perpetuo de dirigentes burocratizados, permitiendo con ello una democratización real del aparato del Partido, se presentan de hecho como el núcleo de esa convergencia de movimientos, organizaciones, grupos, etc.; como los "coordinadores" de los diversos colectivos sectoriales del gran colectivo "radical". Es decir, pretenden seguir siendo los dirigentes máximos, los únicos que manejen los hilos, aunque sea con otro nombre y en nombre de otras ideas que, desde luego, pueden venderse bien electoralmente en las próximas elecciones.

La propuesta de Eladio y Palazuelos pretende explotar también el sano y sincero sentimiento unitario de muchísima gente de dentro y fuera del Partido. Pretenden hacer creer que su propuesta va realmente encaminada, y tiene posibilidades de lograr, la convivencia en un gran colectivo de todos cuantos están contra el sistema. Pero a la propuesta (dejando ahora a un lado su naturaleza ideológica real, ya examinada) le falta algo fundamental: credibilidad. ¿Cómo va nadie a creerse, a menos que se tenga una ingenuidad angelical, que plantean sinceramente la posibilidad de convivir en un mismo colectivo con movimientos, organizaciones, etc., tan diversas ideológicamente, quienes ni siquiera han conseguido la unificación real a todos los niveles, y en muchos casos ni siquiera la simple convivencia, entre dos organizaciones consideradas tan afines ideológicamente como la antigua ORT y el antiguo Partido del Trabajo? (Y conste que en modo alguno absolvemos de culpa a ninguna de las "partes", sino simplemente exponemos lo que es una lamentable pero muy real situación). ¿A quién pretenden enbaucar conociendo este precedente escandaloso?

Frente a las propuestas de Eladio y Palazuelos, contra quienes están llevando a cabo lo que ellos dicen de "subvertir" el Partido, intentando llevarlo, en unos casos a través de la ruptura descarada y en otros mediante una política de hechos consumados, desde dentro, a un espacio político que no es el nuestro, negando además todo sentido al debate, los firmantes de este documento asumimos el compromiso, junto a cuantos camaradas estén dispuestos a ello, de defender:

- El debate abierto y democrático en el seno del Partido, frente al llamamiento a la ruptura inmediata.

- El respeto a la política aprobada, a los organismos y al funcionamiento regular, frente a la realización de una política de hechos consumados y a la subversión del Partido.

- El apoyo y potenciación de los movimientos progresistas surgidos de los nuevos fenómenos, frente al nuevo intento de control burocrático disfrazado, con claros fines electoralistas.

- El análisis marxista de la realidad y de las experiencias concretas, frente a las ideas visionarias, mesiánicas y oportunistas.

- La transformación y democratización profundas del Partido, tanto frente a la continuación del burocratismo como ante la actual propuesta liquidacionista.

- La necesidad de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado, frente a las vagas referencias a la "nueva civilización" y a la extinción rápida en ella del Estado.

- La necesidad de un partido marxista-leninista, nacionalista y de masas, frente al colectivo sin ideología concreta de activistas radicales.

- Frente al silencio o el caos como única respuesta a la pregunta ¿qué hacer?, el avance de nuestra política de CONSTRUCCION NACIONAL DE ANDALUCIA.